

no se derramaria sangre inocente. ¡Vana esperanza! las prisiones se multiplicaban bajo los mas fútiles pretextos, y la comision militar francesa enviaba mártires al cielo sin oír siquiera sus descargos. Constante en su obra de esterminio los hacia conducir, «en pelotones »unos en pos de otros para que pereziesen en »el Retiro ó en el Padro. Muchos llegaban al

cretos de su conciencia, y vuestra voz resuena en ella con tanta autoridad.

Depositarios del poder civil y militar, en vosotros carga la mas directa responsabilidad, si os descuidais en usar con vigor de vuestro poder para sofocar en su cuna la sedicion, ó detenerla á lo menos desde sus primeros pasos.

Si se vierte otra vez la sangre francesa, vosotros particularmente dareis cuenta de ella al emperador Napoleon, cuyo enojo ninguno provocó, ó á cuya elemencia ninguno apeló en valde. Vuestra debilidad seria tanto mas inexcusable, cuanto yo os he traído á la memoria con la mayor diligencia é interés la mas importante obligacion con que debeis cumplir.

Pero otros presagios mejores me prometo yo, complaciéndome en creer que los ministros de la religion, los magistrados, los españoles de la mas elevada gerarquia, y en una palabra todos los buenos ciudadanos se esforzarán á evitar todos los disturbios que pudieran ser perjudiciales á la mejora de la suerte de España.

Presento á los oficiales generales y militares empleados en las varias provincias de la Monarquia, como un modelo de conducta, la que han observado la tropa de casa real, la guarnicion de Madrid, y cuantos militares españoles se hallaban en la corte en esta lamentable ocasion.

Si se frustran mis esperanzas, será tremenda la venganza; si se realizan, me tendré yo por feliz en anunciar al emperador que no se ha equivocado en su juicio sobre los naturales de España, á quien dispensa toda su estimacion y afecto.—Dado en nuestro cuartel general de Madrid á Dos de Mayo de 1808.—Firmado.—*Joaquin*.—Por S. V. I. y R. el general gefe del estado mayor. *Augusto Belleard*.

Gaceta de Madrid del dia 6 de mayo de 1808.

» lugar de su suplicio ignorantes de su suerte;
 » y atados de dos en dos, tirando los soldados
 » franceses sobre el monton, caian ó muertos
 » ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando
 » todavia algunos palpitaban. Aguardaron á
 » que pasase el dia para aumentar el horror
 » de la trágica escena. Al cabo de veinte años
 » nuestros cabellos se erizan todavia al recor-
 » dar la triste y silenciosa noche, solo inter-
 » rumpida por los lastimeros ayes de las des-
 » graciadas víctimas y por el ruido de los fu-
 » silazos y del cañon que de cuando en cuan-
 » do y á lo lejos se oia y resonaba.» (1) «Hom-
 » bres, mugeres, sacerdotes, religiosos, todos
 » confundidos perecieron impunemente en la
 » noche del Dos de Mayo» (2) mártires ilustres
 de la patria que al pie del trono del Señor
 pidieron el castigo del verdugo, castigo que
 se hizo esperar pero que fué grande, terri-
 ble. (3)

Al momento que salió Dolores de la casa de Elisa Tellez se dirigió triste y abatida há-

(1) Toreno: historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, tomo I, lib. 2. pág. 152.

(2) Muñoz Maldonado.

(3) Murat fué fusilado en Piezo en 13 de octubre de 1815 por haber querido sublevar el reino de Nápoles, cuyo trono ocupó durante la dominacion de Bonaparte, y hasta la salida de este para Francia; siendo de advertir que un español, D. Francisco Alcalá, administrador del duque del Infantado en Piezo, fué quien le prendió en su fuga.

cia la prision de Manuel. Quiso entrar, pero los soldados la rechazaron rudamente, y como no poseia el talisman que la abrió poco antes las puertas, derramaba lágrimas inútiles, que no movian á compasion á los dignos ejecutores de las órdenes de Murat. No logrando tener el consuelo de morir al lado de Manuel se sentó sobre un banco de piedra, resuelta á esperar el momento en que lo sacasen del cuartel para conducirlo á la muerte. La triste oscuridad de la noche, el sordo murmullo de las hojas de los árboles inmediatos y el estruendo de las descargas, que á intervalos se repetian, exaltaban mas á cada instante los pensamientos de la jóven que no estaba sostenida siquiera por una remota esperanza.

¡Noche eterna para Dolores! Contaba las horas por minutos, se estremecia con las campanadas del reloj, pues cada vez le parecia que estaba mas próximo el momento de ver espirar á su amante.

Desde el momento que salió Dolores del cuartel el buen mozo cambió de aspecto. Sabia en primer lugar que iba á ser cumplida la última voluntad de Daoiz, y en segundo estaba enteramente satisfecho de la conducta de su amada y podria consagrarla con orgullo su último amante pensamiento. Radiante de felicidad se aproximó á las demas víctimas

con noble altivez en sus ojos y dulce sonrisa en sus labios. Entre estas se hallaba aquel valiente que en la Puerta del Sol altercó un tanto con Manuel, y saliendo á su encuentro le dijo:

—¿Qué piensas de esto, amigo mio?

—Nada, Domingo: os dije lo que convenia en la Puerta del Sol, no hicisteis caso y sucedió lo que esperaba.

—¿Por qué no te fuiste, Manuel?

—Me era indiferente morir, pero queria economizar la sangre de mis compatriotas.

—¿Y crees que nos fusilarán?

—Lo mas tarde al amanecer.

—Tú eres solo, Manuel; pero yo tengo muger y tengo hijos.

—Y yo.

—Y yo: repitieron veinte.

—Tanto mejor para vosotros; replicó Manuel con voz firme: ennobleceis á vuestras familias, y al verlas pasar dirán todos señalándolas con el dedo; *ahi va la muger, ahi van los hijos de una victima del Dos de Mayo.*

—¡Tiene razon! exclamaron todos en su patriótico entusiasmo.

—Yo moriré, como vosotros: ¿pero qué quedará de mí? Una partida de difunto, oculta en un libro parroquial, que sacaré á luz algun curioso si tengo esa grande fortuna.

—Te has batido bizarramente; repuso Domingo.

—Es verdad.

—Y al contar los hechos de este dia tu nombre brillará.....

—¡Mi nombre! Cuando se da una gran batalla se escribe con letras de oro el nombre del general que manda, pero no se menciona siquiera el del soldado que perece.

—No te desanimas, Manuel.

—¡Yo desanimarme, amigos míos! ¿Qué me importa quedar olvidado? En el momento de espirar podré decir con noble orgullo, *muelo por la patria*; y este grito me servirá de apoteosis. Nuestra sangre no será estéril: todos los pueblos de Castilla jurarán guerra á los verdugos de las víctimas del Dos de Mayo: y ¡ay! de los ejércitos franceses cuando se despierte el leon.

A estas palabras de Manuel siguió religioso silencio, el buen mozo lo aprovechó, y cambiando su tono altivo en el que mejor convenia á las ideas que iba á espresar, prosiguió asi:

—El mundo aplaudirá, señores, nuestro generoso sacrificio y quizas le sirva de ejemplo; mas antes de recibir la palma del martirio debemos disponernos á él como verdaderos cristianos. Esos hombres que se vana-

glorian de haber restablecido en Francia el culto y levantado los altares que la revolucion derribó, nos conducirán al suplicio sin concedernos un sacerdote á quien confesar nuestras culpas, porque lo mismo han hecho ya con muchos de nuestros hermanos. Todos nosotros, quien mas, quien menos, habremos pecado sin duda, y esos pecados pesarán hasta morir sobre nuestras conciencias, y despues daremos cuenta de ellos al supremo juez y criador. Arrodillémonos, señores, y con corazones contritos confesemos á Dios nuestras culpas y pidámosle de ellas perdon.

Manuel se arrodilló el primero y todos los demas circunstantes le imitaron, con los ojos arrasados de lágrimas y el corazon lleno de fe. Cuarenta hombres jóvenes, robustos y que habian derramado aquel dia arroyos de sangre francesa confesaban al mismo tiempo sus pecados en alta voz, y pedian al cielo humillados el perdon que en tan tristes momentos no podia concederles la iglesia. Acabada esta pública confesion y restablecido el silencio, preguntó Domingo al buen mozo.

—¿Quién nos absolverá, Manuel?

—Domingo, el bautismo de sangre que vamos á recibir en breve por Dios, por el rey y la patria; bautismo que borra los pecados como las aguas del Jordan.

El buen mozo se levantó, todos los demas le imitaron, dirigiéndose á distintos puntos para no turbarse mútuamente en sus oraciones mentales.

Dolores habia permanecido en su duro banco de piedra, perseguida por negros fantasmas y victima de pesadillas aterradoras y sangrientas. Las sombras se iban disipando al primer albor de la mañana y una claridad cenicienta empezaba á blanquear las copas de los álamos y los chapiteles de las torres. Algunas aves revoloteaban en las ramas dando principio á sus gorgeos, y el ruido de la poblacion que despertaba se iba percibiendo poco á poco. Este primer rayo de luz reanimó á la jóven de improviso, y la hizo concebir una idea que no la habia ocupado hasta entonces. Parecia que en aquel momento recobraba toda su energía, y sin vacilar un solo instante abandonó su banco de piedra y echó á correr hácia el interior de la villa con la agilidad de una corza. Asi recorrió varias calles, sin contestar á los soldados que solian pedirla el *quien vive*, y sin tomar una vez aliento hasta que paró en una casa de aristocrática apariencia. Sus puertas no estaban cerradas, á pesar de ser tan temprano, el farol estaba encendido y el portero se paseaba, con la amable cara de un portero que ha velado

toda la noche. Sin hacer caso de su rostro, se llegó Dolores á él y le preguntó:

—¿Se encuentra en casa el señor conde?

—¿Que le importa á V. si está ó no?

—Vengo de parte de Manuel.

Este nombre amansó al portero, y contestó con rostro afable.

—Ha estado fuera toda la noche S. E. y acaba de llegar ahora mismo.

Dolores no respondió al portero, subió saltando la escalera y preguntó al primer lacayo que la deparó su buena suerte.

—¿Se puede ver al señor conde?

—No se puede ver á S. E.

—Vengo de parte de Manuel.

El lacayo como el portero se humanizó repentinamente, y dijo á la jóven.

—Eso es otra cosa. Sígame V. y verá al instante á S. E.

Cruzaron algunos corredores, se detuvieron, y el lacayo tocando en una puerta dijo:

—Aquí buscan á V. E. de parte de Manuel.

La puerta se abrió casi instantáneamente, apareciendo en el umbral el patriota conde de Montijo.

—¡Tú aqui, Dolores! dijo el conde.

—Manuel está preso, señor.

—Lo sé.

—¿Y permitirá V. E. que lo fusilen?

—Ahora mismo llego de trabajar por él.

—¿Está ya libre?

—No, Dolores.

—Es preciso seguir trabajando.

—He hablado, Dolores, á los ministros y al mismo infante don Antonio.

—¿Y lo salvarán?

—El señor ministro de la guerra está en el palacio del gran duque.

—¿Pidiéndole la vida de Manuel?

—Pidiendo por todos los presos y que se disuelva la cruel comision militar.

—Aunque todos los demas perezcan, yo quiero que Manuel se salve.

—Compraria la vida de Manuel con mis títulos y mis bienes.

—Yo la compraria con mi vida. ¿Pero qué hacemos, señor conde? vamos á saber la respuesta que trae el ministro del gran duque.

El conde tomó su sombrero y acompañado de Dolores, se dirigió á palacio; todavia no habia vuelto Ofarril. Cada momento que pasaba era un siglo para Dolores, se paseaba con rapidez, y al mas leve ruido de pasos sentia un estremecimiento semejante al que causa la electricidad, pero al ver burlado su deseo, se paraba triste y abatida.

Por fin pareció Ofarril: Dolores se apartó del conde con quien hablaba en aquel mo-

mento, y dirigiéndose al ministro le preguntó.

—¿Está ya en libertad Manuel?

El ministro se quedó mirándola con notable aire de estrañeza, pero Montijo se adelantó y dijo á Ofarril.

—Señor ministro, esta jóven debia ser esposa del mas bizarro defensor de la independencia nacional en el aciago dia de ayer, y anhela tanto como yo saber la respuesta del gran duque de Berg y Cleves.

—Señor conde, respondió Ofarril; el gran duque, condescendiendo á las instancias de la junta, se queda estendiendo la órden para que la comision militar se disuelva inmediatamente.

—¿Y los prisioneros de San Gil? preguntó Dolores.

El gran duque está firmando su perdon.

Sin escuchar mas, salió Dolores como una flecha de palacio sin atender á los gritos del conde, que á corta distancia la seguia: pero mientras corren el espacio que los separaba del cuartel, volvamos á los prisioneros.

Todos permanecian aislados y en ejercicios de piedad cuando la luz de la mañana vino á traerles un débil rayo de alegria: estaban seguros de morir, pero encontraban un consuelo en morir á la luz del sol, que iba á dar vida al mundo entero. Por indicacion de

Manuel rezaban postrados y en coro una oración de la mañana, cuando se presentó un comandante, y les mandó que se dispusieran á marchar. Obedecieron al instante sin saber si se encaminaban á la libertad ó al suplicio, mas se desvaneció su duda al ver la numerosa escolta encargada de custodiarlos, el aparato de cañones y de tropa sobre las armas que se notaba en derredor. Sin embargo nada digeron, fueron entregando sus brazos á las traillas, y marcharon de dos en dos, precedidos por el buen mozo que marchaba solo, como capitán de aquella tropa de valientes, hácia la cerca, llamada del Principe Pio. Entrados en ella subieron á una especie de montaña, al rededor de la cual formaba el cuadro un batallón de tropas francesas, y cuando estuvieron en su cumbre les mandaron que se arrodillaran. Todos obedecieron la orden, escepto Manuel, que permaneciendo de pie, lanzó una mirada orgullosa á las huestes del conquistador, y una triste á sus resignados compañeros. Una compañía de cazadores que acompañaba á los sentenciados, preparó las armas, esperando la voz de su gefe, y Manuel lanzó otra mirada, que bagando por toda la cerca, fué á fijarse en una estrecha puertecita, que comucicaba con el camino de la puerta de San Vicente. Al principio solo

notó un confuso grupo de soldados, pero fijando mas su atencion descubrió una muger que luchaba con intento de abrirse paso. A su vista lanzó un rugido, pero dominando su furor gritó con voz firme.

—¡Dolores!

—¿Qué? le replicó la muger dejando de luchar.

—¿Has cumplido mi comision.

—Sí.

—Dios te bendiga.

Al mismo tiempo Joaquin Murat, teniendo una pluma en la mano, decia á don Miguel José de Azanza.

—Señor ministro, voy á firmar ahora el perdon de los presos del cuartel de San Gil.

—La junta quedará muy agradecida á la bondad de V. A.

Murat se detuvo un momento, pero al oir un cañonazo rubricó precipitadamente, y entregando la órden al ministro, le dijo:

—Llevad el perdon á los prisioneros de San Gil.

La compañía de cazadores apuntó sobre las nobles víctimas. Dolores hizo un último esfuerzo, pero se encontró detenida por la mano del conde de Montijo, que acababa entonces de llegar. A una señal del comandante se disparó aquel cañonazo, que hizo rubricar al gran

duque : las victimas cerraron los ojos, solo Manuel permaneció firme, pero con los brazos tendidos hácia la desgraciada jóven.

Una formidable descarga siguió al estampido del cañon ; los ayes de los moribundos se confundieron con su estruendo : pero sobre tantos gemidos se escuchó una voz que decia:

¡Adios, Dolores! y entre la nube de humo denso se vió una figura imponente vacilar, erguirse y caer. (1)

—¡Adios, Manuel! gritó Dolores, cayendo al suelo desmayada.

(1) Dificil seria calcular ahora con puntualidad la pérdida que hubo por ambas partes. El consejo interesado en disminuirla la rebaja á unos 200 hombres del pueblo. Murat aumentando la de los españoles , redujo la suya, acortándola el *Monitor* á unos 80 entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas, por la sazón en que se hicieron, y el diverso interés que á todos ellos movia. Segun lo que vimos y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales , creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1,200 hombres.—Toreno: historia del levantamiento, guerra y revolucion de España. Tomo 1.º, lib. 2.º, pág. 153 y 54.

«La pérdida de los franceses en este dia fue de 1,500 muertos, incluyendo un general de division y mas de sesenta oficiales, á los que los españoles perseguian con mas ardor ; al paso que la pérdida de los madrileños , segun el espediente formado por el consejo de Castilla , fue solo de 104 muertos , 54 heridos y 35 estraviados.—Muñoz Maldonado.»

Segun el parte del mariscal Moncey, se echaron menos en este dia 3,000 franceses, el general Grouchy rebaja la pérdida á 2,500.

El resultado del espediente formado por el consejo de Castilla es como sigue :

— ¡Venganza! ¡venganza! exclamó el conde, socorriendo á la desmayada.

CUARTELES.	MUERTOS.	HERIDOS.	ESTRAVIADOS.
San Francisco. . .	10	8	»
Maravillas. . . .	16	12	»
Avapiés.	1	7	25
Afligidos.	10	1	4
Palacio.	10	1	»
Barquillo.	7	5	4
San Martín.	8	5	»
San Isidro.	14	5	1
Plaza Mayor. . . .	15	12	1
San Gerónimo. . . .	13	2	»
Total.	104	54	35



CAPITULO XXXVI.

Los aniversarios.

El atentado de Bayona se consumó por fin , y el cetro pasó de las manos de Fernando á las débiles de su padre , que solo lo empuñó el tiempo preciso para trasladarlo á las del emperador de los franceses que lo entregó á pocos dias á su hermano José , rey de Nápoles. La nacion española indignada con los sucesos de Bayona y los acontecimientos de Madrid , lanzó el grito de *guerra á muerte* y se convirtió por ensalmo en un formidable campamento. No habia gobierno , cada provincia organizó el suyo en breves horas : no habia soldados , todos los jóvenes se ofrecie-

ron á llevar las armas: no habia armamento. enviaron las juntas comisionados á Inglaterra, que volvieron trayendo fusiles, carabinas, pistolas y espadas: no habia vestuarios ni almacenes, los particulares y los pueblos se apresuraron á entregar todo su haber y los ejércitos se organizaron por ensalmo. El de Andalucía, á las órdenes de don Francisco Javier Castaños, se encontró bastante aguerrido el dia diez y nueve de julio para medirse cuerpo á cuerpo en los campos de Bailen con el ejército de Dupont, hacerle dejar dos mil muertos sobre su campo de batalla, y firmar una capitulacion que privó á Bonaparte de un ejército de veinte y un mil hombres con cuarenta piezas de cañon. Zaragoza capitaneada por don José Palafox y Meley, mostró á la Europa su ardimiento, su valor y su patriotismo, y el monarca intruso temblaba sobre su trono claudicante.

Llegó tambien el dos de mayo de mil ochocientos nueve: á las ocho de su mañana estaban orando tres mugeres en tres diferentes parajes sobre tres humildes sepulturas. Estas tres hermosas mugeres representaban sin embargo tres diferentes tipos de belleza, y parecian tambien heridas de tres dolores diferentes. La que oraba en la Real parroquia de San Antonio de Padua, era el tipo de

la belleza varonil ; sin embargo se hallaba pálida y débil , como la encina que ha sido herida en la raiz ; su frente se elevaba al cielo , y se mostraba envanecida con la intensidad de su dolor. Esta muger era Dolores y oraba sobre la huesa de Manuel. La que se hallaba arrodillada en la iglesia de San Martin , tenia la pálida hermosura de las concepciones de Murillo , y sus grandes ojos azules clavados en el pavimento la presentaban agoviada bajo el peso de su dolor , y quizás de un remordimiento mas amargo mil y mil veces. Esta muger era Elisa Tellez que oraba sobre la tumba de Daoiz. La que elevaba al cielo su plegaria en el enterramiento de los mártires , reunia en cierto modo las dos bellezas y era una virgen de Rafael , á la par púdica y radiante : sus megillas conservaban aun toda la freseura de la rosa , sus ojos negros y rasgados despedian miradas suaves y su dolor era tranquilo y en alguna manera fiero. Esta muger era Rosa Daoiz , que rogaba á Dios con noble orgullo sobre la fosa de Velarde.

Rosa se levantó la primera y se alejó con paso rápido , indicando tenia otro deber que cumplir : Dolores se inclinó hasta el suelo besó la tierra , y se levantó lentamente , como quien se aparta del tierno objeto de su amor , saliéndose del santo templo. Dolores y Rosa aunque distantes y sin conocerse siquiera

tenian un mismo pensamiento pues se encaminaron las dos á la iglesia de San Martin.

No tardaron en llegar á ella, ambas entraron al mismo tiempo y se dirigieron al parage en que estaba arrodillada Elisa. A su vista las dos se pararon, los rostros de las dos se encendieron; los ojos de las dos brillaron, y acercándose á la arrodillada

—¿Qué haceis aqui? la dijo Rosa.

—¿Qué hace V. aqui? repitió Dolores.

A estas dos voces, la una enteramente conocida y la otra que parecia el eco de algunas palabras siniestras en otro tiempo pronunciadas, levantó sus ojos Elisa, los fijó primero en Dolores, cuya fisonomía tan variada procuró en vano recordar, pero cuando los dirigió á Rosa, un vivo encarnado tiñó sus flacas y pálidas mejillas.

—¿Qué haces aqui? volvió á preguntar Rosa con reconcentrado furor.

—¿Qué hace V. aqui? añadió Dolores con un insultante desprecio.

—Rogar á Dios por el alma de Luis Daoiz: respondió Elisa dulcemente,

—¿Tú rogar á Dios por su alma, replicó Rosa mas airada: tú que desgarraste su corazon, emponzoñaste su existencia y causaste quizas su muerte? ¿Tú rogar á Dios por su alma? Vienes á insultar sus cenizas.

—V. rogar á Dios por su alma , añadió Dolores con aquella voz penetrante como el sonido de un clarin: V. rogar á Dios por su alma y la encontré en brazos del gran duque cuando la presenté el legado del capitan don Luis Daoiz: V. ha venido aqui , señora, á insultar de nuevo sus cenizas.

Elisa dobló su cabeza bajo el peso de aquel recuerdo , pero considerando se habia librado de las asechanzas del gran duque , y que á pesar de las apariencias se conservaba noble y pura , espiano con años de tormento unos instantes de delirio , se irritó su orgullo de muger , y levantándose con magestad preguntó á su vez

—¿A qué has venido aqui , Rosa Daoiz?

—A rogar á Dios por mi hermano.

—Muy tarde has venido , muy tarde.

—Tenia que rogar tambien á Dios....

—Por Pedro Velarde: ¿no es esto? el primer lugar para Velarde y el segundo para Daoiz. Tú no puedes reconvenirme.

Rosa bajó al suelo los ojos, tambien á su vez humillada: Elisa prosiguió diciendo:

—¿A qué ha venido V. , señora?

—A rogar á Dios , dijo Dolores , por el alma del capitan.

—Tarde ha venido V. ; muy tarde.

—No he venido á orar á esta tumba por

un amante ni un hermano, he venido á visitar, señora, el altar de un ilustre martir de la patria. Antes he rogado, señora, por el alma del hombre á quien amé, víctima noble como esta. Yo si puedo reconvenirla.

—¿Qué pide V. á Dios, señora, en su oracion? replicó Elisa con voz apagada y doliente.

—Le pido que me reuna pronto con el hombre que tanto amé.

—¿Y tú, Rosa, qué pides á Dios en la tuya?

—Que cuando acabe mi existencia me ponga al lado de Velarde.

—¡Qué felices son Vds. las dos, dirigiendo á Dios esas plegarias.

—¿Pues qué pide V. á Dios, señora? preguntó Dolores.

—Le pido que dé á Luis en la gloria la felicidad que yo le he negado en la tierra, dijo Elisa con voz solemne; y haciendo un esfuerzo, prosiguió.

—Le pido que alcance de Luis el perdón que tanto necesito: le pido, señora, la muerte: mas no le pido que me reuna á él, porque se que no lo merezco.

Dolores y Rosa cruzaron una mirada de interés, y lágrimas de compasion humedecieron sus pupilas; Elisa comprendió aque-

llas lágrimas, y dijo con voz desfallecida:

—¿Es verdad que soy muy desgraciada?

—Si lo es V. respondió Dolores.

—Yo te perdono en nombre de Luis: añadió Rosa, tendiendo la mano á su amiga.

—Gracias, gracias, hermana mia: murmuró Elisa estrechando entre sus dos manos la que le presentó la niña.

—En mí encontrarás una hermana, que te dará consuelos.

—No necesito consuelos, Rosa. El consuelo aminora las penas y yo quiero que crezcan las mias, como crecen las olas del mar al rudo impulso de los furiosos aquilones. Quiero estrellarme en sus escollos y quedar ahogada entre la espuma.

—Elisa.

—Soy muy avara de mi dolor, y quiero guardarlo en el mas completo aislamiento. No he tomado el velo en un claustro, porque entonces no seria dueña de venir á orar sobre esta tumba; pero entre el mundo y yo, hermana mia, no hay nada comun, nada, nada.

—¿Con que nos separaremos para siempre?

—El dos de mayo próximo, señoras, podremos reunirnos aqui, dijo Dolores conmovida.

—Nos reuniremos si vivimos, murmuró

Elisa dulcemente ; y levantando mas la voz dijo. Ya es hora de que oreis, señoras, sobre la tumba de este mártir.

Las tres cayeron de rodillas, y por espacio de una hora elevaron al cielo sus plegarias: las tres se levantaron á un tiempo, se dieron las manos, y se despidieron hasta el dos de mayo siguiente.

La guerra contra Bonaparte proseguia cada vez mas cruda, y los españoles y el corzo jugaban el todo por el todo con un empeño singular. 500,000 soldados franceses al mando de los mariscales mas ilustres y de Napoleon mismo una vez habian pasado la frontera, pero la táctica superior de los ejércitos franceses y la estrategia de los generales del imperio, que les hacia triunfar algunas veces en las grandes batallas campales, se estrellaba como en un muro en la resistencia de las plazas, en la constancia de los pueblos, y en la prodigiosa actividad de mil guerrilleros valientes. Entre reveses que nos honraban, y triunfos casi fabulosos, llegó tambien el dos de mayo de 1810.

Dolores y Rosa oraron, como el año anterior, sobre las fosas de Velarde y del intrépido Manuel, notándose mas debilidad en Dolores y por el contrario mas frescura en el bello rostro de Rosa. Terminadas las dos

plegarias, se dirigieron con paso rápido á la iglesia de San Martin, pero quedaron asombradas de no encontrar en ella á Elisa. Se arrodillaron sobre la huesa, y en el momento vieron acercarse una muger, que las examinó detenidamente y entregó un billete cerrado á la hermana de Luis Daoiz. La muger se retiró al momento; Rosa rompió el neta y leyó.

1.º de mayo.

«Hermana mia; me encuentro próxima á espirar, y soy por ello mas feliz que esperaba serlo en el mundo. Si me vieras, Rosa, si me vieras, tendrías envidia de mí y celos! Voy á reunirme con tu hermano. He soñado que me perdona ¿y cómo no habian de apiadarle dos eternos años de martirio? Estoy descarnada y trasparente: soy un verdadero esqueleto; pero late mi corazon bajo el marchito ramo de lilas teñido en la sangre de Luis. Dos años lo he llevado, Rosa, sobre mi corazon, dos años. Su sangre se ha ido derriendiendo con mi calor y mezclándose con la mia: tengo en mis venas algunas gotas de la sangre de Luis Daoiz. Estoy muy débil, Rosa, muy débil, y no me es dado escribir mas. Si te entregan mañana esta carta será la noticia de mi muerte.

Elisa.»

Rosa derramaba tristes lágrimas, Dolores

estaba celosa, por que su constitucion robusta habia resistido por mas tiempo á la inmensidad de su dolor. Cuando lograron dominar las emociones producidas por la lectura de esta carta, oraron por Luis, y se despidieron hasta el dos de mayo siguiente.

La guerra prosiguió en la Península con el mismo encarnizamiento que el año anterior, y en el norte aparecieron algunas nubes, que amenazaban eclipsar el brillante sol de la Francia. Con el ejemplo de la España iba conociendo la Europa que Napoleon no era invencible, y aprendiendo el sistema de guerra mas propio para derrotarlo. Llegó tambien el dos de mayo de 2811: Rosa se presentó á la iglesia de San Martin, y oró sola; porque Dolores habia muerto. En los años 12 y 15 tambien oró sola Rosa Daoiz, pero el año de 14 todo habia cambiado de aspecto.

El heroismo de los españoles detuvo el carro victorioso del emperador de los franceses y los nevados desiertos de la Rusia mermaron tanto sus ejércitos como las cortantes espadas de los valientes hijos de Iberia. La fortuna volvió la espalda al que habia mimado como á hijo, y el que obligó á abdicar en Bayona á Fernando VII y Carlos IV, tuvo que despojarse á su vez de la corona de Carlo-Magno, y que envainar aquella espada que

hizo claudicar tantos tronos. Napoleon en la isla de Elba meditaba nuevas campañas, el conde de Artois habia tomado las riendas del gobierno en Francia á nombre de Luis XVIII, el ejército de los aliados ocupaba á Paris, y el nuestro bajo las órdenes del Feld-mariscal Milor Whellington, duque de ciudad Rodrigo, habia pasado el Pirineo, batiendo en retirada á Saül y á sus divisiones de ejército.

La España respiraba, en fin; Fernando reposaba en Valencia, y las Córtes se apresuraron á dar un público testimonio de gratitud á los héroes del Dos de Mayo. Por un decreto, fecha 14 de abril de 1814, mandaron que *el dia Dos de Mayo fuera perpétuamente de luto riguroso en toda la Monarquía española*, (1) y procedieron á la exhumacion de las víctimas. El dia Dos de Mayo de 1814 fué destinado para el apoteosis de los mártires, y desde la

(1) Don Fernando VII por la gracia de Dios y por la Constitucion de la monarquía española, rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad la Regencia del reino nombrada por las Córtes generales y extraordinarias, á todos los que las presentes vieren y entendieren saber: que las Córtes han decretado lo siguiente:

«Las Córtes, queriendo perpetuar por todos los medios posibles la gloriosa aunque triste memoria del Dos de Mayo, en cuyo dia sellaron con su sangre los primeros mártires de la patria su generoso y heróico amor á la libertad é independencia de la nacion, han tenido á bien decretar lo siguiente: el dia Dos de Mayo, será perpétuamente de luto riguroso en toda la monarquía española.—Lo tendrá entendido la Regencia del reino, y dispon-

